

Y yo te digo:

Cuando es así la caridad, el caritativo *recoge ciento por uno;*

Mas cuando es á són de trompeta, sólo puede alcanzar *uno por ciento.*

LA JUSTICIA DEL REY GORDO.

I

Don Cleofas era un hombre bonachon y honrado á carta cabal. Empleado largos años en una oficina del Gobierno, habia quedado cesante, sin poder lograr, por más gestiones que para ello hizo, la jubilacion que pedía, con goce de medio sueldo. Así es que eran gordos sus apuros para buscar el pan de cada día; y mayores aún que en cualquiera otra circunstancia, porque el bueno de Don Cleofas, no desoyendo la imperiosa voz de la naturaleza, desde sus mocedades habia contraído matrimonio, fruto del cual fué una hija, que á la sazón era ya casadera. Esposa é hija pesaban, pues, sobre el pobre cesante.

Don Cleofas era de natural bondadoso; pero las escaseces diarias, las penalidades propias de su situación, el tener que mantener otras dos bocas además de la suya, y la tremenda injusticia de que se creia víctima, habian agriado su carácter, y de apacible y comedido

que era, se volvió regañón, irascible y displicente; siendo su más placentera manía desfogarse en filípicas contra la suerte, y asegurando, en su exaltacion, que todos los hombres eran malvados y que lo dejaban abandonado, gozándose en su miseria.

Veces habia en que, llegando al último extremo su exasperacion, justificaba los actos vandálicos (que llegaron á su noticia atravesando los mares) de aquellos que aquí en México se proveyeron con mano rapiñadora de lo que necesitaban, al grito de *¡viva Lobato!*... etc. ¹

Así pues, Don Cleofas se habia hecho un decidido comunista.

—¡Ya no es posible, Aldegunda—decia á su esposa en uno de aquellos momentos de exaltacion—ya no es posible vivir en este mundo entre tanta injusticia! Los hombres probos y ameritados, los que hemos prestado grandes servicios al país, estamos por los suelos, abandonados y sin proteccion; miéntras que los favoritos del monarca, sin otros títulos que su impudor y su ancha conciencia, disfrutaban pingües destinos ó imprevisan fortunas escandalosas.

—Tienes razon—contestábale la esposa;—pero ¿qué vamos á hacer contra nuestra mala suerte, y en medio de esta desorganizacion social en que impera el vicio y se ven abatidas todas las virtudes?

¹ En la rebelion del año 1828, uno de cuyos jefes era D. José M. Lobato, el pueblo saqueó el Parian, robando todo lo que pudo; y de ahí tomó origen el dicho tradicional de *¡viva Lobato, y viva lo que arrebató!* A esto aludía mi tía.

—¡Ya!—exclamaba más irritado Don Cleofas.—Tú, mujer, te conformas fácilmente, porque no tienes, como yo, que andar la seca y la meca para buscar el pan de cada dia.

—No es que me conforme; mas ¿qué remedio si las cosas no son de otro modo? Seria necesario para ello, que te metieses á revolucionario, y castigaras injusticias, y reformaras gobierno, sociedad y todo.

—Me veo tentado de hacerlo; ya sabes que no me falta valor cívico; y si tuviera yo elementos, verias qué arregladita le daba al mundo.....

—Sí..... y lo más seguro seria que, metiéndote á redentor, salieras crucificado.

—¡No importa! seria yo mártir por el bien de mis semejantes y de mis pósteros!

—¡Y nosotras quedariamos lucidas! porque despues de muerto tú, no hemos de comer con tu gloria de mártir. Desengáñate; estos males vienen de la empleomanía. Si muchos empleados, y tú entre ellos, tuvieran algun oficio ó profesion, no se verian expuestos á la miseria el dia ménos pensado al acabárseles el empleo.

—¡Qué sabes tú de economía política! Pues no faltaba más sino que ahora me echaras en cara mis largos años de laboriosidad en la oficina! Nosotros los empleados somos necesarios en una buena administracion. Y si no, dime tú, cabeza destornillada, ¿qué haria un Gobierno sin nosotros?

—¿Y qué haria una sociedad donde, segun tus ten-

dencias, todos tuvieran igual patrimonio, es decir, que fueran igualmente ricos?

—Sería la deseada igualdad á que aspiramos los hombres justos.

—Tus teorías serán muy bellas; pero el hecho es que con nuestras discusiones no hemos de conseguir para el puchero de mañana.

—Pues ayunarémos.

—¡Buen consuelo para mí y para tu pobre hija! Mejor fuera que todos buscásemos trabajo; sólo él es el productor seguro del pan de cada día.

—No me exasperes, mujer, con disimulados reproches; que yo bastante he trabajado y trabajo para cumplir con mis obligaciones.

A veces la discusion se agriaba, terminando en disputa; y este era otro mal que agravaba la situacion de la infeliz familia del cesante.

A pesar de las mil vueltas y revueltas infructuosas y de los diarios desengaños sufridos por Don Cleofas, no desistia éste de sus pretensiones, y eran frecuentes sus memoriales y sus peticiones de audiencia al primer ministro. Pedia, nó ya la jubilacion, sino algun desti- nillo de última categoría, para libertarse de las garras de la miseria.

Era tal su asiduidad en asistir al real palacio en ace- cho de la mejor ocasion para lograr su objeto, que ya todos le conocian como pertinaz solicitante.

A veces, cuando en esa excursion diaria encontraba al paso banqueros en lujosos carruajes, damas cuyas

alhajas valian un Potosí, negociantes de gran boato, nobles y potentados con suntuosos trenes, exclamaba exacerbado:

—¡Esto es un insulto á la pobreza! ¡Ahí van esos mi- mados de la suerte, sin más mérito para disfrutar esos goces, que el ser desalmados agiotistas, ó haber here- dado una fortuna adquirida sabe Dios cómo! miéntas nosotros los hombres honrados estamos en la miseria. ¡Así es el mundo! ¿Cuándo dejará de reinar en él la in- justicia?

No sabré decir á ustedes si Don Cleofas tenia razon para sus lamentaciones; lo cierto es que sentia una co- mo tristeza del bien ajeno, y el demonio de la envidia no dejaba de roerle el corazon.

II

El monarca que regia los destinos de la patria de Don Cleofas, era generalmente conocido en sus domi- nios con el apodo de *el rey Gordo*. No era aquel Don Sancho el Gordo de famosa memoria, ni algun otro de sus sucesores, sino de bien distinta rama real; su gor- dura no habia sido heredada, sino quizá consecuencia de la buena vida ó del buen carácter; y tan era así, que entre sus súbditos corria muy firme y válida la opinion de que el volúmen de sus carnes estaba en consonan- cia con la bondad de su ánimo.

Ésta, como casi todas las opiniones de un pueblo, no dejaba de tener su sólido fundamento; porque, en

efecto, todo aquel que es atrabiliario é iracundo, tiene constantemente en su bilis un demonio voraz que le roe las entrañas, con detrimento de su parte carnosa; miéntras que el de genio apacible y cachazudo vive robusto, lozano y vigoroso en su parte material.

Consecuencia de ese bello carácter del rey Gordo, eran su bondad, su paciencia y su justicia, que administraba con la tranquila frialdad de un juez imparcial. Si algunas irregularidades y no pocos vicios habia en su reino, era porque no llegaban á su noticia, pues la cohorte de palaciegos y lisonjeros que le rodeaba, trataba de ocultárselos, y ántes bien, no cesaba su concierto de alabanzas elogiando los adelantos, las mejoras y las prosperidades de que gozaba el reino con su buena administracion.

Pero bien pronto las continuadas quejas de Don Cleofas llegaron á oídos del rey, y mandándole llamar, tuvo con él una larga conferencia, resultado de la cual fué que al pobre cesante se le diera un empleo adecuado á sus años y á su cansancio, con el sueldo de cuatro mil reales.

Cesó la extremada miseria de Don Cleofas, y éste, agradecido á la bondad del monarca, se hacia lenguas ensalzando su justicia.

Sin embargo, no pasó mucho tiempo sin que cayese su gozo en el pozo; porque al recibir la primera mensualidad de trescientos y tantos reales, se vió que no bastaban para el plato, el vestido y calzado, ni para saciar la interminable voracidad del casero, ni pa

gar las deudas contraidas; y aquí empezaron de nuevo las quejas, las murmuraciones y las maldiciones de Don Cleofas.

—¡Es una tremenda injusticia! —exclamaba.— Mis largos años de servicio se premian con un destinillo cualquiera, que ni para comer me da, como las migajas inútiles que sobran en la mesa se arrojan á un can hambriento; miéntras otros, con ménos méritos y ménos trabajo, nadan en la opulencia! ¡En qué país vivimos! ¿Cuándo reinará la verdadera justicia?

Llegaron otra vez estas quejas á conocimiento del monarca, quien mandó llamar á Don Cleofas, y le dijo:

—Sé que no estás contento con tu empleo.

—Así es la verdad, señor.

—¿Y por qué?..... Vamos á ver.....

—Porque estoy echando el alma con tanto trabajo, y lo que gano apénas me basta para la sopa: Aldegun-da se me queja amargamente porque no tiene camisas, y la pobre Altagracia, mi hija, tambien anda escasa de ropa y otras menudencias.

—Lo siento mucho, hombre. ¿Y cuánto tienes de sueldo?

—Señor, unos miserables cuatro mil reales.

—Tienes razon en andar con escaseces. Desde hoy irás á otro empleo, con sueldo de ocho mil.

—¡Gracias, señor! No en vano proclaman todos que V. M. es bueno y justiciero!

Se mejoró, pues, la situacion de Don Cleofas: Alde-

gunda tuvo camisas, y á Altagracia no le faltaron calzado, vestido y otras menudencias.

A pesar de esa mejoría, no se pasó mucho tiempo sin que Don Cleofas volviese á estar descontento de su suerte, y vinieron nuevas exclamaciones.

—¡Yo, con todo y mis méritos, sólo tengo un empleo de ocho mil reales, miétras que otros.....! etc. ¡Es una tremenda injusticia!..... etc.

Pero parecia que el rey y Don Cleofas habian apostado, el uno á tener paciencia, y el otro á ser exigente. Mandóle llamar otra vez el monarca, y le dijo:

—Hombre, ¿cómo va de nuevo empleo?

—Así..... así, señor; se va pasando la vida con trabajos.....

—¡Cómo! ¿no te basta todavía el sueldo que disfrutas?

—No, señor; las exigencias de educacion y de posicion social requieren ciertos gastos; además, Aldegunda tiene uno que otro caprichillo por comprar alguna tela nueva ó alguna alhaja, y cuando no puedo satisfacerlo, me arma unas grescas de todos los demonios.

—¡Sea por Dios, hombre!..... Esa es la cruz del matrimonio..... En fin, como veo con interes las desazones de esa pobre Aldegunda, le darémos gusto; desde hoy tienes de sueldo doce mil reales.

—Gracias, señor. ¡Qué bondadoso y magnánimo es V. M!

Pero como á medida que crecian los posibles de Don Cleofas, tambien iban en aumento sus gastos en mejo-

res trajes, casa más decente y comida opípara, no tardó en hallarse con nuevos apuros, consecuencia de los cuales fueron nuevas lamentaciones.

—¡Está visto que mi suerte ha de ser siempre negra! Lo poco que gano no me basta para mis necesidades... Trabajo como un burro, y sin embargo, no tengo ahorros, ni esperanzas de arribar, ni un porvenir de descanso; miétras que otros..... ¡Qué tremenda injusticia!

Volvióle á llamar el buen rey Gordo y le preguntó:

—¿Cómo va con tu nuevo sueldo?

—Así..... así, señor.

—Sé que todavía no estás contento, y que te quejas de tu suerte.

—Señor, mis mayores gastos..... y los caprichos de Aldegunda..... y las necesidades de Altagracia.....

—Bien, bien, acabemos de una vez; ¿qué es lo que tú desearias?

—No me atrevo á decirlo á V. M., porque quizá lo juzgue impertinencia.

—No tengas temor; que precisamente estoy en este puesto para atender á las peticiones de mis súbditos y administrar justicia.

—Pues señor, yo creo que la mejor equidad en el mundo seria que todos fuésemos iguales en cuanto á fortuna y provechos..... que Juan no fuera más rico que Pedro..... así andaria bien la cosa, y no nos quejariamos los unos de los otros, ni de las desigualdades de la suerte, y no habria envidias ni motivos de murmuraciones.

—¡Hola! ¿conque tú crees que de ese modo la sociedad estaria muy arregladita?

—Sí señor, salvo el mejor parecer de V. M.

—Y si tú formarás parte de una sociedad así, ¿no te quejarías ya?

—No tendria motivo para ello.

—Bien: ánda tranquilo, que yo cuidaré de que se logren tus deseos.

III

En los extensos dominios del rey Gordo existia una pequeña ínsula llamada la Encantada, nombre cuyo origen no estaba bien averiguado. Unos creian que así fué bautizada por un su descubridor, y porque, aislada de toda comunicacion, y viéndola sólo de léjos los navegantes sin haber arribado jamas á sus costas, permanecia como tierra inexplorada y misteriosa. Otros aseguraban que su nombre le venia de sus condiciones naturales, y que con clima suave, suelo fértil y vegetacion exuberante, constituia un verdadero paraíso. Sea lo que fuere, aquella ínsula era poco conocida, é inhabitada.

Teniendo el rey el proyecto de colonizarla, habia prodigado sus tesoros con ese objeto, mandando que se construyesen algunas habitaciones, y que se llevasen instrumentos de agricultura y de varias artes para uso de los nuevos colonos. Todo estaba ya listo, y só-

lo se esperaba á éstos para inaugurar la que habia de ser colonia modelo.

Mas con las originales pretensiones de Don Cleofas, el rey cambió de idea. Abundaban en la capital de su reino los descontentos que, como el ex-cesante, maldecian de su suerte, estando envidiosos de los afortunados, y soñaban con la imposible igualdad de riquezas y de posicion social.

A todos los llamó el rey Gordo, y con su bondad acostumbrada, los colmó de riquezas, repartiéndolas por igual, y los confinó á la ínsula Encantada.

Al despedirlos les dijo:

—Id con Dios. En aquella ínsula que os cedo seréis independientes, pues abdicó la autoridad y dominio que tengo en esa tierra. Formad á gusto vuestra sociedad, para que seais felices. Ya teneis libertad y riquezas, y sólo os falta un título de nobleza para que seais como los más encumbrados. ¿Qué título deseáis?

—Yo—dijo uno de ellos—me contentaria con el de marqués.

—Bien; pero como todos quereis la absoluta igualdad, para que no haya preeminencias, seréis todos marqueses.

Y despues de mandar que extendieran á cada uno su título, puso á su disposicion una embarcacion que los llevase á su destino.

El buen rey Gordo quiso tal vez con esto darles una leccion, ó quizás hacer un ensayo, para ver cómo aque-

llos soñadores formaban su nueva y extraña sociedad.

La estrambótica colonia de marqueses se dió á la vela. En ella iban Don Cleofas y su familia.

No una, sino dos embarcaciones los condujeron; y llegados á la ínsula, una de aquellas regresó con todos los tripulantes, quedando la otra, anclada y vacía, á disposicion de los colonos.

Estos se instalaron en sus habitaciones; y con la comodidad del alojamiento, la bella perspectiva de la ínsula y la novedad de su situacion, estuvieron divertidos y divagados la mayor parte del dia; pero llegó una hora en que vinieron la reflexion y los apuros.

Ni las despensas ni las cocinas estaban habilitadas de comestibles usuales; en aquel desierto no habia tiendas de semillas, ni panaderías, ni alguno de los otros comercios que expenden artículos de primera necesidad.

Los señores marqueses, con todo y ser ricos, y tener habitacion y tierra propias, se encontraron sin saber qué hacer. El primer dia, y cuando el hambre les apuró, salieron en busca de frutos con que saciarla; pero no siempre habian de estar dándose atracones de higos, ciruelas y bananas. Las señoras marquesas, entre las cuales se contaba Aldegunda, se vieron precisadas á ir en busca de agua potable hasta un manantial lejano; á recoger algunos vegetales que condimentaron con sólo agua, y sal de la mar que recogieron en la playa, sirviéndose de leña para tener fuego, cuya humareda les hizo llorar lágrimas gordas.

A pesar de esta angustiosa situacion, ninguno se atrevia á quejarse abiertamente, por no confesarse vencidos ni renocer lo descabellado de sus utopías de igualdad social.

Mas fué tanto lo que Aldegunda mortificó á Don Cleofas con sus quejas y reproches, que éste se decidió á tomar una heroica resolucion.

Se encaminó á casa de uno de sus vecinos, y le dijo:

—Señor marqués, comprenderá usía que nuestra situacion es de todos los demonios.....

—Y bien que lo comprendo.

—Que no podemos permanecer así mucho tiempo, y necesitamos tomar una resolucion de acuerdo con los intereses generales.

—Opino lo mismo que usía.

—Así pues, no veo más que dos medios para salir de esta situacion y organizar bien nuestra naciente sociedad.

—Veamos cuáles son.

—Uno de ellos es que, verbi gracia, usía y algunos otros de nuestros colegas vayan, en la embarcacion que tenemos, á contratar algunos individuos que vengan á establecer aquí sus comercios é industrias. Los que quedemos estaremos dispuestos á pagar bien este servicio.

—No es del todo mala la idea; pero tiene un inconveniente: ¿quién querrá aventurarse á los riesgos del mar, y exponerse á venir á este lugar aislado y de tan pocos habitantes que no consumirían gran cosa de sus mercancías? Veamos, pues, el otro medio.

—El otro es que, verbi gracia, usía y otros de los señores marqueses emprendan por su cuenta ese comercio y algunas industrias que, implantadas aquí, podrian producirles buenas utilidades.

—¡Usía, señor marqués, está loco! En caso de que quisiera yo dedicarme á comerciante, no lo haria en esta ínsula aislada y sin comunicacion con otras plazas comerciales.

—Otra proposicion tengo que hacer á usía—dijo tímidamente Don Cleofas.

—¿Y cuál es?

—Es el caso que la pobre Aldegunda ya no se las aviene con tanto trajin y tanta dificultad para condimentar sus guisos. Yo estaria dispuesto á ceder la mitad de mis riquezas á quien le sirviera de criado ó ayudante en sus faenas; y si usía quisiera.....

—No hay duda que usía está rematadamente loco! ¿De qué me servirian entónces dobles riquezas, si habia de descender á la categoría de criado? ¿de qué mi título de nobleza? ¿Y qué seria de la deseada igualdad por la que hemos suspirado, y por la cual nos vemos en estos aprietos?

—Mas ¿qué harémos para salir de ellos?

—Desengáñese usía: hemos sido unos soñadores exagerados, y estamos cosechando nuestro merecido. Sin embargo, pienso que hay todavía un medio de salir de este atolladero.

—Sepámoslo para adoptarlo al momento; porque estoy probando que con todo y mis riquezas, y con todo

y su título de marquesa, no tiene la pobre Aldegunda paz ni sosiego.

—El medio es muy sencillo: marchemos en nuestra embarcacion á un país distante, donde disfrutemos sin trabajo de nuestros tesoros.

—Marchemos, pues, y cuanto ántes.

Se comunicó esta decision á los demas colonos, que con gusto la aceptaron, porque todos los señores marqueses estaban ya desesperados.

Hiciéronse, pues, á la vela, despidiéndose para siempre de la fatal ínsula Encantada. Iban haciéndose cuentas alegres, y admirándose de que no se les hubiera ocurrido ántes aquella escapatoria; mas no habian caminado muchas millas cuando se vió la embarcacion rodeada de otras tres ó cuatro de guerra, cuyos grandes cañones presentaban á los prófugos sus bocas amenazantes.

Uno de aquellos buques se acercó de modo que pudiera ponerse al habla, y el que parecia ser el jefe de la escuadrilla preguntó con voz tronante:

—¡Hola! ¿y dónde van los señores marqueses? ¿Es que ya quieren escaparse?

Los señores marqueses, sorprendidos y azorados, no sabian qué contestar; pero despues de conferenciar entre sí, respondieron humildemente:

—No nos escapamos; vamos á hacer una visita, á presentar nuestros homenajes, y á ponernos á disposicion de nuestro buen rey llamado el Gordo.

—¡Qué contento se va á poner S. M!—dijo con mar-

cada ironía el jefe militar.—Yo llevo el mismo rumbo, y me consideraré muy honrado en servir á usías de escolta.

Llegados á la corte, fueron presentados inmediatamente al rey Gordo, quien los recibió bondadosa y gravemente.

—¿Cómo van aquella colonia modelo y vuestra típica sociedad?—les preguntó.

—Señor..... —respondió Don Cleofas tragando saliva—como todo está en sus comienzos, hay sus dificultades, como las tiene toda obra nueva, grandiosa y trascendental.....

—Segun eso, ¿estais muy contentos en vuestra ínsula, señores reformistas?

—No mucho que digamos..... é intentábamos.....

—Ya..... ya sé lo que intentábais. ¡Ah, mis buenos marqueses! ¿conque os queríais escapar, ingratos, para ir á país extraño, y privar á mi reino de vuestro hermoso ensayo socialista?

—Señor—contestó Don Cleofas dejando ya todo disimulo—hemos sido unos locos, y no queremos más ensayos: reconocemos la bondad y la justicia de V. M. al querernos dar una leccion; y yo, dígolo por mí, con tal de no volver á aquella ínsula de fatal memoria, estoy dispuesto á devolver las riquezas de que me habeis colmado, á renunciar á este inútil título de marqués, y á conformarme con volver á mi destino de cuatro mil reales, con tal de vivir aquí como Dios manda, y no como salvaje en un desierto.

—¡Hasta que hablaste una vez con juicio! Ya conocerás que no es posible que haya absoluta igualdad social. ¿De qué os sirvió á vosotros ser todos ricos y marqueses? ¿De qué me serviría á mí ser rey, si todos lo fuésemos en esté país? Los hombres que se elevan sobre los demas por su mérito, su trabajo ó sus virtudes, tienen bien ganado su puesto social: los que lo consiguen por medio de pillerías, por más encumbrados que estén, nunca dejarán de ser pillos. Las diversas condiciones de posicion y de fortuna, son indispensables para el bien general: de otro modo, ¿quién serviría á quién?

—Señor, tiene V. M. mucha razon: desde hoy olvido mis locas ambiciones, y me resigno con la suerte que me ha tocado.

—Haces bien; y ten por seguro que en este mundo no son los más felices los potentados, ni los ricos, ni mucho ménos los envidiosos, sino aquellos que se conforman con su estado y confían en Dios.

La colonia de marqueses se disolvió, perdiendo éstos su título y riquezas. Don Cleofas fué repuesto en su empleo primitivo, y ya no volvió á maldecir de nada ni de nadie.

La ínsula Encantada tomó desde entónces el nombre de isla de los Marqueses.